

# JOOS Y STRAUSS

## ESPECTACULOS IMPRESIONANTES

### POR MALUCHA SOLARI

LONDRES, POR AVION.—

**D**IEZ DIAS estuve preparándome para la conferencia que iba a dictarse en el Morley College. El tema era "Coreografía", y el conferencista nada menos que Kurt Joos, famoso creador y organizador del Ballet Joos, que conocimos en Santiago en temporada inolvidable y cuyos discípulos Ernst Uthoff, Lola Botka y Rudolf Pescht son los maestros de nuestra Escuela de Danzas.

Cuando apareció en el escenario, que no estaba lejos de mí, una extraña debilidad y un aleteo violento del corazón me indicaron la profunda emoción que sentía en ese momento. Me era casi imposible creer que estaba en presencia del más grande de los coreógrafos modernos y que escucharía directamente de él tantos conceptos que siempre había esperado captar. Su charla nada tenía de estática.

#### UNA CONFERENCIA VIVIDA

Haré un esfuerzo para transcribir aproximadamente lo que él expresó magníficamente. Decía: "La coreografía es invisible e intangible, es el espíritu y el alma de la danza, y sólo adquiere vida por un corto momento, cuando el danzarín la interpreta. Lo que el espectador ve es la mística unión del danzarín con la danza y la coreografía".

Para Joos, no son lo mismo danza y coreografía. Mientras la primera la definiría como movimientos coordinados con cierto ritmo, la otra sólo puede definirse con las palabras poesía, humanidad, imaginación, síntesis y — agregó con sonrisa picaresca— ... mucho de talento natural. El danzarín debe entregarse por entero, en cuerpo y alma, cuando está dando forma a lo que el coreógrafo concibió y no sólo comprometer su físico, sino también su psiquis.

Era lo que siempre yo había querido oír. El público, seguramente compuesto en su mayoría por admiradores de Joos, escuchaba en un silencio casi religioso. Sólo se sentían de pronto las risas que él mismo provocaba cuando quería ridiculizar con pasos y gestos alguna expresión. Era genial. En un momento, cuando se lanzó a bailar, para mostrar vivamente la diferencia entre coreografía y danza, casi botó de su asiento a la directora del colegio, que estaba tranquilamente sentada en el escenario. Me dió la sensación de que se había olvidado del público y que estaba creando ensimismado. No pude menos que recordar a Ernst Uthoff cuando, en la calle o en cualquier lugar, se ponía a explicar algo y comenzaba a danzar, sin darse cuenta de nada.

Sigamos con los conceptos de Joos. "Entre el coreógrafo y el danzarín—decía— debe existir una correspondencia estrecha. El primero es el pensamiento, y el segundo, el cuerpo. El intérprete, al danzar, conjuga el Arte de Actuar. El coreógrafo, en cambio, necesita de un cuerpo para llevar a cabo lo que su espíritu creó. El coreógrafo so-

breve al danzarín; éste muere y desaparece. El coreógrafo muere, pero su espíritu, su creación, toman vida de nuevo a través de otro cuerpo. El coreógrafo, para su obra, primero obtiene el tema, que lo ha madurado viviendo, sufriendo y asimilando su época. Luego se acompaña, para realizarlo, de su imaginación y de su poder de síntesis. El verdadero artista, para crear, va eliminando la hojarasca hasta llegar a la verdadera esencia de las cosas. El coreógrafo debe ser poeta para saber elegir los sonidos, melodías y música que acompañen con su sonoridad a su creación, y al mismo tiempo para sentir mejor la idea, porque poesía — según Joos— es el Arte de Sentir.

#### PRESENCIA Y RECUERDOS

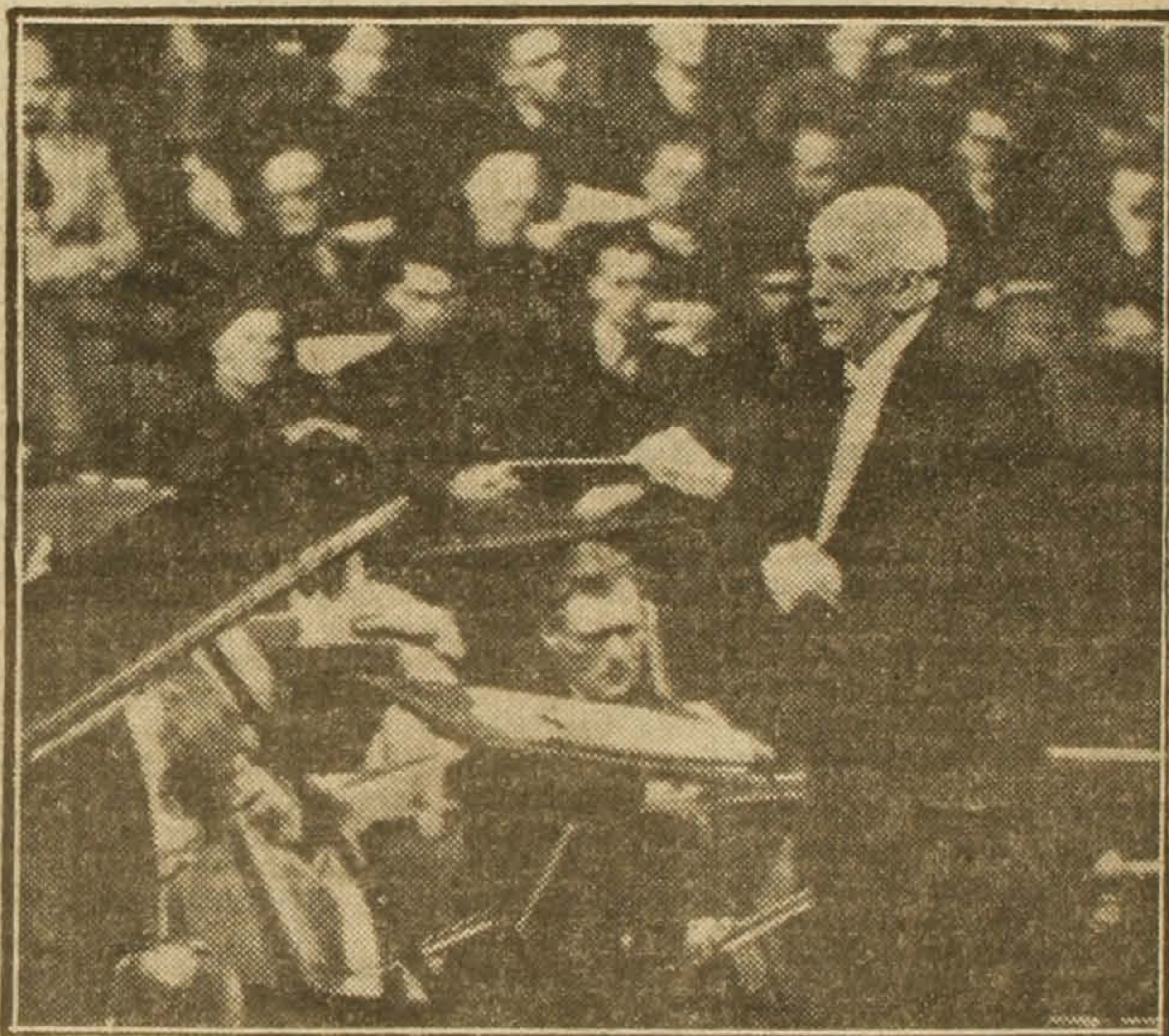
La diferencia en la interpretación de dos danzarines estriba en la diversa psiquis que anima sus cuerpos. El coreógrafo, para llegar a definir lo que quiere expresar, debe servirse de su o sus intérpretes, a fin

sentaba el famoso Ricardo Strauss dirigiendo sus propias obras. El hecho de que el gran músico hubiera estado ligado al régimen de Hitler y que viniera saliendo de un juicio de "desnazificación", en vez de apagar el entusiasmo, parecía aumentarlo por los comentarios contradictorios que habían surgido.

Estaba colocada en el "cielo" — vulgarmente galería — y pude así contemplar a mis anchas el magnífico teatro. Desperté de mi admiración cuando entró al escenario Strauss, con sus interminables 83 años y su cabeza blanca. A un gesto de su mano, la orquesta inició el "God Save the King". Todo el público escuchó religiosamente su himno. Existe aquí la costumbre, antes o después del programa, de tocar el magnífico himno.

#### SIMBOLO DE LA MUSICA

Siempre había gustado con feleite del "Don Juan", de Strauss, pero nunca hasta ahora



★ EN EL ALBERT HALL. — A los 83 años, Ricardo Strauss reapareció triunfalmente en Londres, después de salir de un proceso de desnazificación. Seis horas duró el concierto.

de ver en ellos lo que ve su imaginación. Muchas veces, un gesto inconsciente de un bailarín o de un grupo le sugiere un movimiento que conviene para su obra y lo toma, estableciéndose así una correlación entre el creador y el intérprete".

Nuevamente recordé a Uthoff, cuando escuchaba estas palabras. El, en sus coreografías, permite al danzarín poner algo de su parte, estimulando así el sentido de creación personal. Sólo cuando un coreógrafo trabaja en esta forma, logra pleno resultado. Existe, entonces, la comunión más perfecta entre el espíritu del creador y el intérprete.

Después de la conferencia, Kurt Joos se sentó y pidió al auditorio que hiciera preguntas. Me levanté y pregunté algo en que estaba muy interesada. Me respondió largamente, y yo escuchaba sus palabras como en su sueño. Me parecía imposible que Joos, el mismo Joos, estuviera dirigiéndose a mí, y estuve por pellizcarme para saber si no estaba soñando.

#### EL VIEJITO STRAUSS

Otro espectáculo emocionante, y acaso más subyugante, tuvo lugar en el imponente Royal Albert Hall. Aquel día se pre-

había logrado penetrar su melodía y sutileza. Nunca lo entendí como ahora. Decir que la Filarmónica de Londres es una orquesta formidable, de una homogeneidad de sonido excepcional, sería expresar en forma muy opaca la realidad magnífica del conjunto. Y decir que este respetable anciano, con 83 años de grandiosidad, representando el símbolo de la música moderna, era genial, es cambiar lágrimas por débiles palabras. Al final de la pieza, no pude siquiera aplaudir. Habría querido estar sola para dejar correr las lágrimas, silenciosamente y sin pudor.

El público de galería era de lo más heterogéneo: marineros, viejos decrepitos, estudiantes, viejecitas con pelucas, negros, blancos, amarillos y uno que otro niño que ya comenzaba su educación musical en esta bendita tierra europea.

Envolviéndome otra vez en el ropaje de ruidos y calles, me dirigí silenciosamente al más próximo subterráneo, donde, mientras mi sangre entonaba el poema de "Don Juan", mi yo sentimental susurraba la "Sinfonía Doméstica" y mis labios entonaban los vales del "Rosenkavalier".